



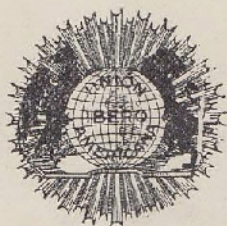
LAS REVOLUCIONES HISPANO-AMERICANAS

Conferencia pronunciada en la UNIÓN IBERO-AMERICANA, el día 10 de Abril de 1924, por el muy culto y prestigioso publicista D. Baldomero Sanín Cano, ex-ministro de Hacienda de Colombia y Representante en España del importante diario "La Nación", de Buenos Aires.



Publicada por la
UNIÓN IBERO-AMERICANA
MADRID

1924



LAS REVOLUCIONES HISPANO-AMERICANAS

Conferencia pronunciada en la UNIÓN IBERO-AMERICANA, el día 10 de Abril de 1924, por el muy culto y prestigioso publicista D. Baldomero Sanín Cano, ex-ministro de Hacienda de Colombia y Representante en España del importante diario "La Nación", de
Buenos Aires.



Publicada por la
UNIÓN IBERO-AMERICANA
MADRID

1924

Las revoluciones hispano-americanas

Versión taquigráfica de la Conferencia pronunciada en la *Unión Ibero-Americana* el día 10 de Abril de 1924 por el muy culto y prestigioso publicista D. Baldomero Sanín Cano, ex ministro de Hacienda de Colombia y Representante en España del importante diario *La Nación*, de Buenos Aires.

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑOR EMBAJADOR, SEÑORAS, SEÑORES:

DEBO empezar esta corta disertación dando las gracias al señor Marqués de Figueroa, que ha tenido la amabilidad de invitarme a conversar con ustedes por unos momentos sobre asuntos americanos. Al mismo tiempo, debo darles gracias también a los Representantes diplomáticos de la América del Sur, que han tenido la amabilidad de asistir a esta conferencia, y aunque estoy convencido de que no llegaré en ningún caso a satisfacer la expectativa de los presentes, no por eso es menor mi agradecimiento. Sin embargo, debo prevenir a los presentes: la UNIÓN IBERO AMERICANA, como ustedes lo saben, se ha distinguido siempre por sus sentimientos humanitarios; pero en esta ocasión me parece que ha derogado la fama que sobre ella han aglomerado los años. Llamar a un cierto número de personas y colocarlas en una sala que no tiene más que tres salidas para escuchar a un mal orador, no es precisamente una señal de humanitarismo...

El título de esta conferencia es: "Las revoluciones hispano-americanas"; hubiera querido poner: "Las revoluciones hispano-americanas y Europa", pero resultaba el título demasiado largo con apariencias de

título de novela romántica de 1848. Por esa razón no he dicho más que "Las revoluciones hispano-americanas"; pero necesito comparar las revoluciones hispano-americanas con el sistema político europeo desde 1800 hasta 1900. Naturalmente, que en esa comparación España no entra.

En concepto de Napoleón, África comenzaba en los Pirineos. Teniendo presente el origen de la frase histórica no hemos de comentarla; porque "cada uno habla de la feria como le va en ella". No; España no es África, ni tampoco Europa; España es una nación hispano-americana. Por consiguiente, la comparación que voy a hacer entre Europa y América no se refiere en absoluto a España.

Una de las cualidades esenciales del espíritu humano es la capacidad de asociar las ideas distintas, capacidad que está al alcance de todo el mundo. Es el recurso fundamental de los poetas, y un ejercicio mental del que no escapan ni siquiera los niños. Pero hay otra cualidad del espíritu humano, mediante la cual logramos disociar las ideas, empresa menos frecuente y mucho más difícil. Esta noche voy a hacer, si me acompañan ustedes, un ejercicio de disociación de ideas. Las ideas que vamos a disociar son éstas: las revoluciones y las naciones hispano-americanas.

En Europa, desde el mismo momento en que se usa la palabra Hispano-América acude a la mente de la persona que la oye pronunciar la idea de revolución; y desde que se dice revolución acude también a la memoria de la persona que oye pronunciar esa palabra el nombre de Sudamérica. El trabajo de disociación de las ideas, como he dicho, es muchísimo más difícil que el trabajo de asociarlas.

Si todos los cuerpos blancos fuesen duros y todos los cuerpos duros fuesen blancos, seguramente que el espíritu humano no habría logrado todavía hacer la diferencia entre los conceptos de dureza y blancura. Hay un animal muy inteligente, más inteligente que el hombre, porque ha resuelto el problema social y el problema sexual, que todavía no ha podido resolver la civilización contemporánea. Este animal es la abeja. Pues la abeja, con toda su inteligencia, no ha podido separar dos conceptos: el de fluidez y el de transparencia. Una abeja sube y baja durante días enteros por un vidrio incoloro, imaginándose que, siendo transparente, debe ser fluido, como lo es el aire. En su larga historia de conquistas sociales la abeja no ha logrado disociar esas dos ideas. Yo espero de ustedes que me ayudarán esta noche a disociar las ideas de Sudamérica y las revoluciones.

He dicho que el hombre es menos inteligente que la abeja, y habrá, indudablemente, entre los presentes algunas personas que encuentren exagerado este concepto. No voy a hacer una disquisición sobre Historia Natural; pero sí voy a hacerla sobre la discreción natural en el espíritu humano.

El hombre ha hecho la clasificación de las especies animales, y ha comenzado por llamarse *homo sapiens*. Estoy seguro de que si el asno,

por ejemplo, hubiera hecho la clasificación de las especies animales no habría comenzado por decir *asinus sapiens*. Y seguramente, si nosotros supiéramos que ese animal había hecho la clasificación y se había calificado con ese título, por lo menos sonreiríamos cuando lo oyéramos llamar con ese nombre. Un naturalista que estudia las abejas y las hormigas con mucho interés ha propuesto que se cambien los nombres científicos del hombre y de la hormiga, y que se llame al hombre *homo immoralis semi-sapiens*, y a la hormiga, *formica sapiens*. Este hombre me parece más discreto que los que hicieron la clasificación de las especies animales, con Linneo, y escogieron el título de *homo sapiens* para el género humano. En el curso de esta conferencia hemos de ver que no siempre en las relaciones de unas razas con otras el hombre está a la altura del nombre científico que le diera la clasificación de Linneo.

Entre 1870 y 1880 empezó la Prensa europea a distribuir mañosamente la especie de que las Repúblicas americanas de origen español eran el hogar de las revoluciones, y que allí la vida, por esa razón, era un tormento. Las disquisiciones de los periódicos de esos tiempos vinieron a dar por resultado que nos llamaran a todas las Repúblicas, desde Méjico hasta la Argentina, "las Repúblicas del Trópico", y cuando querían dar una idea de anarquía, de violencias innecesarias o de derramamiento de sangre por razones de poca monta, se citaba a las Repúblicas americanas.

Voy a leer unos párrafos del *Times*, de Londres, del año 1914, que no dejarán duda sobre la idea que tenía Europa entonces de lo que eran las Repúblicas americanas. Decía el *Times*:

"En Perú, en Bolivia, en el Paraguay, en el Ecuador, en Venezuela..., en otros países americanos, los actuales ocupantes del suelo tendrán que desaparecer gradualmente y descender a aquella condición inferior que su flaco temperamento les marca como destino."

De la Prensa y de los labios de la gente maleante esta idea ha pasado a las obras científicas, y ha tenido dos protagonistas especiales en Europa: el uno, el doctor Benjamín Kidd, en Inglaterra; y el otro, Gustavo Le Bon, sabio más conocido, a quien los periodistas solemos citar con muchísima frecuencia en las gacetillas y hasta en los artículos de fondo.

Antes de discutir las teorías de Gustavo Le Bon, será bueno hacer presentes todos los campos de la actividad humana por donde se ha difundido su ubicua inteligencia: el señor Gustavo Le Bon ha escrito sobre la Psicología de las multitudes, sobre la Psicología del Socialismo, sobre el humo del tabaco, sobre la equitación, sobre las religiones de la India, y, sin agotar el curso de sus estudios, ha preparado también una obra, que se llama *La evolución de la materia*, en que trata de probar que las corrientes eléctricas no son otra cosa que materia en estado de disociación. Este señor nos ha hecho el favor a los sudamericanos de estudiar también nuestra vida política y clasificarnos en el grupo determinado en la gran familia de las naciones.

Su definición de las Repúblicas americanas es bastante gráfica y significativa. Dice así: "Se sabe en qué estado de miserable anarquía viven todas las Repúblicas latinas de la América —esto era escrito por el año 1892—; revoluciones permanentes, dilapidación completa de las finanzas, desmoralización de todos los ciudadanos y, sobre todo, del elemento militar". De modo que no hay salvación. Son todas las Repúblicas las que viven en un estado de miserable anarquía, y somos todos los ciudadanos de esas Repúblicas los que estamos completamente desmoralizados. Ahora, las revoluciones son permanentes, como si tal cosa fuera posible, y la dilapidación de los tesoros de las Repúblicas, completa. Que un hombre que se llama hombre de ciencia y que tiene el título de doctor use esta clase de lenguaje en una obra científica no deja de causar adecuada sorpresa. Ni aun los periodistas, gremio a quien se le hace con frecuencia el reproche de irresponsable, nos atrevemos a poner esta clase de epítetos cuando abordamos un tema con la debida seriedad.

Pues los libros de Benjamín Kidd y de Gustavo Le Bon eran el evangelio de las personas que desde 1870 hasta fin del siglo hacían la anatomía de las Repúblicas hispano-americanas; y todavía, porque el valor de la Prensa es tan considerable y la letra puesta sobre el papel jamás desaparece, todavía hay muchas personas que para hablar de la América del Sur van a buscar los libros de Kidd y de Gustavo Le Bon.

Como resultado de las ideas de estos expositores vino, en esa misma época, aquella entretenida teoría, por no darle otro nombre, según la cual el hombre blanco tenía sobre sus hombros una carga que la Providencia le había colocado y de la que no podía librarse: era la carga de civilizar a las razas que no eran de color blanco. Y esta teoría filantrópica no habría estado expuesta a ningún género de objeciones si no hubiera sido porque el hombre blanco se clasificaba a sí mismo. Cuando el europeo vino a clasificarse a sí mismo, colocaba como hombres blancos a los ingleses, a los franceses, a los alemanes, tal vez a los suecos; el resto del Universo eran gentes de color. Y esos cuatro países, incluyendo a los Estados Unidos, que vinieron a penetrar en el grupo un poco más tarde, estaban destinados por la Divina Providencia a sojuzgar a las otras razas para enseñarles el camino de la civilización.

Ahora, ¿quiénes eran las gentes de color? Las gentes de color eran: 400 millones de chinos, que tienen una civilización muy anterior a la civilización que han implantado los hombres blancos, por lo menos hasta donde alcanzan los recuerdos de la Historia; eran el Asia sagrada, el Africa tenebrosa y, desde luego, toda América. Estos pobres hombres blancos habían echado sobre sí el gravamen extraordinario de cargar con las culpas de los hombres de color y de enseñarles el camino para salvarse y para salvar la civilización.

Respecto a la necesidad de ilustrar y salvar a los chinos quiero referir, con permiso de la concurrencia, una frase de Bertrand Russell en una conferencia que daba en Londres al llegar de un viaje a la China, muy

prolongado, que había hecho precisamente con objeto de venir a dar conferencias en Londres sobre los resultados de sus exploraciones. Bertrand Russell, como sabe muy bien el auditorio, es, sin duda alguna, el matemático más notable que tiene Inglaterra, y en estos momentos uno de los filósofos más penetrantes y más originales de Europa. Pero, por un fenómeno muy común en estos tiempos, después de fatigarse en el estudio de esas disciplinas, ha venido a comprender que eso es inferior a las necesidades del espíritu humano y se ha entregado por completo al estudio de la psicología de su mismo pueblo y de los pueblos distintos de Inglaterra. Cuando regresó de China le invitaron a que diera conferencias sobre las experiencias que había hecho y sobre los conocimientos que había adquirido con los chinos, y dió una serie de ellas —ocho o diez—, a la última de las cuales tuve el gusto de asistir. Al acabar esta conferencia, la señora que presidía se levantó y propuso a los que estaban presentes que se empezara una suscripción para establecer un fondo copioso con el cual se pudiesen mandar chinos a estudiar a Europa, y rogó al señor Russell que diera su opinión sobre ese concepto. El señor Russell dijo: “Señora: creo que la recolección que se va a hacer con el objeto a que usted se refiere es profundamente saludable, pero está invertida. En vez de gastar esas grandes cantidades de dinero que se van a comenzar a recoger esta noche para traer chinos a estudiar en Europa, yo propongo que se usen para llevar ingleses a estudiar a la China”; y la concurrencia estalló en uniforme carcajada. Entonces el señor Russell, con una seriedad netamente británica, dijo: “Señores: he visto que las ocho conferencias que he dado sobre la China han sido tiempo perdido, porque cuando ustedes se ríen de lo que acabo de decir, es que no han comprendido absolutamente cuál es el objeto de mis conferencias”.

De modo que, en concepto de una mente tan avanzada como la de Russell, la idea de que el hombre blanco de Europa vaya a enseñarles a los chinos es una cosa tan justificada y tan legítima como el hecho de que los chinos viniesen a Europa a enseñarnos también su civilización. Pues una cosa semejante pasa con América, aunque no en forma tan marcada como en el caso de la China.

De esta división del género humano en gentes de color y gentes descoloridas ha nacido la leyenda de que los pueblos que habitan las dos Américas, excepto los Estados Unidos y Canadá, son pueblos sumidos en la barbarie, por causa de las continuas revoluciones, y esto, que no estaba fundado en los hechos, se distribuyó por Europa y por los Estados Unidos durante mucho tiempo, porque los individuos que distribuían esa opinión necesitaban que se hiciera popular con el objeto de justificar, más tarde o más temprano, sus ambiciones sobre ciertas regiones del Continente.

Vamos a estudiar la primera leyenda.

Es verdad que en América hubo revoluciones frecuentes durante todo

el siglo XIX; pero, ¿era América la sola parte del planeta en donde los hombres se estregaban a esa clase de entretenimientos? Tomemos por ejemplo uno de los países más civilizados del globo, una de las naciones cuya desaparición habría de constituir la pérdida más grande para la Historia de la civilización. Entenderán ustedes que hablo de Francia. Comenzaremos por recordar el año 1799, cuando se estableció el Directorio. Acababa una revolución y empezaba otra; desde 1799 hasta 1870 las revoluciones se sucedían con ritmo histórico. Caía un Imperio, y venía una Monarquía; caía una Monarquía, y la reemplazaba otra más flamante, que se llamaba la Monarquía burguesa; caía la Monarquía burguesa, y volvía la República, con el modesto apelativo de Segunda. El mismo que era presidente de la segunda República daba un golpe de Estado y cambiaba el sistema, o a lo menos las formas, creando el Segundo Imperio, y ese Imperio caía con una revolución de los republicanos en el año 1870, que empezaron su vida revolucionaria reprimiendo la intentona comunista.

Si nos ponemos a contar, en una República americana, las verdaderas revoluciones que ha habido, encontraremos tantas como hubo en Francia, y, sin embargo, nadie ha dicho nunca que Francia fuera el hogar de la anarquía y que las revoluciones continuas hicieran allí la vida imposible y la convirtieran en un tormento.

La severidad de las naciones europeas con Sudamérica por causa de las revoluciones es simplemente una falta de perspectiva.

Si vamos a estudiar la razón por qué, desde 1870, desapareció en Francia el régimen de las guerras civiles quindeniales hemos de encontrar que cesaron porque se cambió en Europa el sistema de las revoluciones por otro que, aunque de una apariencia más seria y más grave, salía tan costoso como las revoluciones americanas, si acaso no lo era mucho más.

El año 1862 entraba Bismarck a ser Ministro del Rey de Prusia, y lo primero que hizo fué dar los decretos necesarios para la fundación de un ejército formidable, creando así lo que se llama ejército permanente. Las personas que estaban alrededor de Bismarck y que en ese momento estudiaban la situación de las demás naciones europeas, le observaron que no se comprendía el objeto que se proponía con un ejército de esa magnitud. Rusia es nuestra amiga, le decían; de Austria no hay que tener; Francia tiene sus problemas internos y no se prepara para la guerra; y Bismarck, que había comenzado su política en los años 1848 y 1849, cuando se desencadenó sobre Europa la revolución social, contestó a los que le hacían objeciones: "Señores: No voy a fundar ese ejército permanente para defenderme de Rusia, ni para atacar a Austria, ni con planes de dominio sobre Francia; voy a crear un ejército contra la democracia"; y, en efecto, ese ejército sirvió para tener a raya a los individuos que Bismarck llamaba demócratas, en Prusia. Pero como las naciones limítrofes aun no tenían terribles democracias

para justificar la fundación de un ejército tan poderoso, aquello era una amenaza para todas las naciones vecinas de Prusia, que, al darse cuenta del cercano peligro, comenzaron a armarse. De ahí viene lo que se llaman los cincuenta años de paz armada. Debajo de ese sistema forzosamente habían de acabar las revoluciones, porque, aunque el hombre no es un animal inteligente, sí sabe, por instinto, acomodarse a las circunstancias. El instinto le hizo presentir que no podía haber revoluciones en un país en donde la fuerza armada era tan considerable que lograría, en un momento determinado, acabar con cualquier clase de disturbios. Pero Bismarck y los individuos que imitaron a Bismarck hicieron mal el cálculo, porque no llegaron a considerar que ese ejército permanente, esa paz armada, llevaba en sí los gérmenes de la destrucción total. En efecto, después de 1914 hemos estado contemplando que los ejércitos son los que han hecho la revolución en Rusia; el ejército ha hecho la revolución en Alemania; es el que ha hecho la revolución en Hungría dos veces, en Baviera varias veces; es el que ha hecho la revolución en Grecia y en Turquía. Aunque no lo parezca, son los militares los que han hecho la revolución en Italia, porque los fascistas no eran otra cosa que un ejército desmovilizado que no se conformaba con la desmovilización.

Vamos a ver, de estos dos sistemas, del sistema de las revoluciones continuas y del sistema de la paz armada, cuál viene a ser el más oneroso.

No puedo hablar del costo de las revoluciones armadas en Sudamérica porque las estadísticas no se llevaban entonces y la historia de ellas no está escrita todavía. Es difícil andar a la caza de datos a una distancia como la en que nos encontramos. Pero conozco mi país, he estudiado su Hacienda, porque he tenido la... —no sé cómo calificarla—; dijera yo el descuido de dejarme asir del Presidente de la República alguna vez y encargarme de dirigir la Hacienda de mi país. Por esa razón puedo dar algunos datos sobre lo que han costado las revoluciones en Colombia. Naturalmente, las cifras no son exactas; es imposible calcularlas, porque las estadísticas no han empezado a organizarse sino en el curso de los últimos veinte años; pero haciendo cálculos hemos llegado a la conclusión de que, en Colombia, todas las guerras civiles, incluyendo la de la independencia, costaron 22 millones de libras esterlinas. Son diez y nueve las naciones americanas de origen hispano o portugués. Colombia no es de las naciones más grandes, ni tampoco de las más pequeñas; se la puede, por tanto, tomar como término medio; aceptando ese término medio, las revoluciones en América han costado, en el siglo XIX, 418 millones de libras esterlinas, una cifra formidable, que puede compararse con la que gastaban las naciones aliadas durante la última guerra en cuatro semanas. Nosotros necesitábamos un siglo para disponer de esa cantidad en nuestras orgías revolucionarias.

Ahora vamos al saldo moral. Por consecuencia de las guerras civiles, continuas en aquellos países, el sentimiento del patriotismo, en vez de exaltarse, sin llegar a desaparecer, vino a morigerarse; cosa muy natu-

ral, porque, estando los hombres en lucha continua con sus propios conciudadanos, tienen menos tiempo de odiar a los que están del otro lado de las fronteras. De modo que el patriotismo en aquellos países hubo de debilitarse, y esto, que parece una cosa monstruosa, ha sido, todo lo contrario, una gran ventaja; porque mediante ese eclipse parcial del patriotismo ha sido posible echar las bases de la fraternidad continental.

Voy a poner algunos ejemplos prácticos: En Venezuela y en Colombia hubo frecuentes revoluciones en el siglo XIX. Resultado de ellas era que, con muchísima frecuencia, los colombianos que pasaban al otro lado de la frontera, aun sin nacionalizarse allí, tomaban parte en la vida política de Venezuela, y puede señalarse el caso de Diógenes Arrieta, que, saliendo de Colombia, va a vivir a Venezuela, donde andando el tiempo es elegido senador de la República sin sorpresa ni estupefacción de nadie.

Habréis oído hablar indudablemente de Antonio Guzmán Blanco, mandatario venezolano que se hacía llamar ilustre americano de sus contemporáneos. El padre de Guzmán, D. Antonio Leocadio Guzmán, con motivo de las revoluciones de Venezuela, vino a Colombia, y su nombre figuró firmando la Constitución de 1863, una de las Constituciones más liberales que se han dado en América y que, si se hubiese cumplido, habría sido prez y honra del género humano. D. Antonio Leocadio Guzmán, firmando la carta fundamental de Colombia en 1863, no había dejado de ser un ciudadano de la República de Venezuela.

Don Andrés Bello, nacido en Venezuela, hombre de letras y conocido como uno de los primeros filólogos que dió la América del Sur, vino, con motivo de la guerra de la independencia, a dirigir en Londres los negocios de la revolución venezolana. Terminada la guerra de la independencia, fué a vivir a Chile, donde influyó en situación modesta, pero de modo considerable, en las relaciones exteriores de la nascente república. ¿Comprenderían ustedes que el Sr. Poincaré, por ejemplo, estuviera de miembro de la Cámara de los Comunes en Inglaterra? ¿Sería posible que Lloyd George viniera, en una elección popular de Alemania, a figurar entre los diputados del Reichstag?

Estas son cosas que suceden en tierras americanas y sobre las cuales se basa la confraternidad del Continente.

Además, hay que señalar el balance moral de las guerras civiles en Hispanoamérica. Hay tres principios virtualmente incorporados en nuestro derecho público americano que seguramente no formarían parte de nuestra conciencia cívica si hubiéramos vivido en guerras internacionales. Son estos tres principios los formulados en diversas épocas por estadistas argentinos: 1.º, la victoria no engendra derechos; 2.º, no puede emplearse la fuerza para cobrar deudas internacionales; 3.º, América no es solamente para los americanos: América es para la Humanidad.

¿Dónde estarían, pregunta el inconforme, esos países de la América Ibera si, en vez de haber gastado sus riquezas y sus energías inútilmente en hacer revoluciones, hubiesen dedicado todo su esfuerzo a las labores de

la paz? Y yo diría que verdaderamente habríamos adelantado, como dice Vital Aza, una barbaridad.

Pero me permito observar a mi turno: La guerra de los cuatro años ha costado, sin contar la destrucción de las propiedades, simplemente en dinero —no diré en dinero acuñado, porque no habría metal suficiente para acuñar esas cifras, sino en dinero inventado y puesto en forma de papel—; la guerra de los cuatro años ha costado 24.000 millones de libras esterlinas. ¿Podríamos nosotros imaginarnos las cosas que habrían podido hacer los países beligerantes si hubiesen destinado esa suma fabulosa al saneamiento del valle del Amazonas, a hacer cultivos en la Patagonia, a encadenar y distribuir la fuerza eléctrica que puede producirse con la corriente del Tequendama y de toda esa innumerable red de ríos que se precipitan desde los Andes al Océano Atlántico?

Ahora bien; es necesario tener presente que no siempre la paz continua da mejores resultados que la revolución. A ustedes se les va a figurar que estoy haciendo la apología de la revolución. Es cierto que he sido revolucionario; pero con el andar de los años se cura el hombre de esos achaques. No es mi ánimo hacer la apología de la revolución; pero hay algo que merece la pena de ser estudiado para probar que el hombre blanco, aun en plena paz, hace una obra inferior a la que hace el llamado por el hombre blanco hombre de color.

Desde el siglo XVIII posee Inglaterra en la América del Sur una faja de tierra riquísima, tan asombrosamente fértil y rica, que Sir Walter Raleigh, el favorito de la reina Virgen, perdió su salud, su tranquilidad y acaso su vida por conquistar para la corona de Inglaterra esa privilegiada comarca. Están establecidos allí los ingleses hace tres siglos y viven en completa paz; no se han permitido el lujo de una sola revolución.

Voy a comparar esa faja de tierra, que se llama la Guayana Inglesa, con la República del Salvador, y me place que esté presente el representante diplomático de aquella República, a cuya memoria y benevolencia me recomiendo en esta coyuntura.

La Guayana inglesa es una extensión de 230.000 kilómetros cuadrados y tiene una población de 350.000 habitantes, un habitante por kilómetro cuadrado. Gasta en las escuelas públicas la Guayana inglesa 70.000 libras esterlinas al año y tiene 35.000 estudiantes. La República del Salvador es una República eminentemente volcánica, y se habla de ella como de una tierra sinceramente revolucionaria. Esta República, en vez de los 230.000 kilómetros cuadrados que tiene la Guayana inglesa, no tiene más que 21.000, en los cuales viven 1.330.000 habitantes, según las cifras de hace cinco años. Comparad esa cifra con la de 350.000 habitantes que tiene la Guayana inglesa y ved si hay diferencia. Además, los habitantes del Salvador han construido 340 kilómetros de ferrocarril mientras que en la Guayana inglesa no hay más que 150. En el Salvador hay 63 habitantes por kilómetro cuadrado, un índice de población casi comparable al de Francia. El Salvador ha vivido en continuas revueltas, se-

gún el decir de la historia que se escribe en Europa sobre América del Sur; y, por el contrario, en la Guayana inglesa la paz ha sido inalterable. Sin embargo, ya ven ustedes la comparación entre las dos civilizaciones.

En la América Ibero hay dos clases de revoluciones. Voy a hacer sobre ellas algunas consideraciones, aunque es muy difícil fijar sus causas, porque son distintas según el país y según la parte del mundo a que cada país pertenece. Puede decirse que todas las guerras civiles tienen su origen en una injusticia y que todas las revoluciones artificiales no nacen generalmente en el mismo país donde se desenvuelven, sino que vienen de un país extraño. Las revoluciones artificiales eran harto frecuentes entre nosotros y solían organizarse en New York o en Washington. Claro está que de esas revoluciones nosotros no somos responsables. Hay una ley que se ha formulado últimamente y que no parece estar en contradicción con los hechos. La fórmula es ésta: La frecuencia de las revoluciones sudamericanas está en relación directa con el cubo de la distancia de cada país a los Estados Unidos. Mientras más cerca queda un país de los Estados Unidos mucho más frecuentes son las revoluciones, y el caso de mi país es característico. Colombia fué un país eminentemente turbulento. Tenía un istmo que era codiciado por Inglaterra y por los Estados Unidos, y también por Francia, porque consideraban que por ese istmo algún día se abriría un canal y que ese canal vendría a ser el centro del tráfico del universo, como en efecto lo ha sido. El Gobierno de Colombia cedió en 1847 a una Compañía americana el derecho a hacer un ferrocarril a través del istmo, y desde ese día la tranquilidad dejó de existir en esa faja privilegiada de territorio. Vivían allí de ordinario muchas gentes procedentes de los Estados Unidos, y las revoluciones se sucedían como las fases de la luna. Es de notar que casi todas estas asonadas empezaban o acababan en Panamá. El año 1903, como resultado de manejos que no puedo detenerme a clasificar en este momento, los panameños, ayudados por el Gobierno de Washington, se separaron de Colombia, que vive desde entonces en completa paz. En 1923 se ha celebrado allí el vigésimo aniversario de la paz, de una paz octaviana. Ya ven ustedes cómo la ley a que me refería anteriormente no es una mera fantasía.

Se cuenta que examinaban a un chico de escuela en los Estados Unidos sobre la geografía de su país. Era el tiempo en que ocurría el escándalo de Chicago, por consecuencia de que se habían encontrado en las latas de carnes conservadas algunas medallas y hebillas que parecían procedentes de collares de perros. Preguntado este chico cuáles eran las industrias principales de los habitantes de los Estados Unidos, contestó con una tranquilidad digna de mejor suerte: "La industria principal de los Estados Unidos es la producción de alimentos higiénicos y de revoluciones sudamericanas".

Otra diferencia substancial entre las guerras civiles iberoamericanas y las guerras europeas internacionales se hace presente en el sedimento moral que es su consecuencia. En Iberoamérica las guerras civiles o revo-

luciones dejan un horror benéfico a ese género de luchas, cualesquiera que sean las conquistas, en punto a libertades y derechos, alcanzadas con tamaño esfuerzo. En las vecindades de Bucaramanga, próspera ciudad colombiana situada en las llanuras levemente onduladas del valle de Lebrija, tuvo lugar en 1900 una terrible batalla, que sorprendió al mundo por ser acaso la primera entre las modernas que llegó a durar hasta diez y siete días. Sin tiempo los revolucionarios ni los legitimistas para enterrar a los muertos, quemaron algunos cadáveres y abandonaron los otros a la voracidad de las aves rapaces o de bestias carniceras que abundan en esas regiones. Terminada la guerra, aquellos campos blanqueaban con el lívido aspecto de las osamentas humanas. La piedad de los habitantes de esas comarcas recogió los huesos de los soldados en una sola y altísima pirámide, que ha sido cubierta con un techo pajizo para que la intemperie no la destruya. Ese monumento se conserva como una lección de historia. Las madres llevan a sus hijos a contemplar esa ignominia y a mostrarles el error y la abominación de la guerra. El pasajero que transita por esos lugares tuerce el rostro avergonzado y apresura el paso como para desechar tristes memorias de pasados horrores. En Iberoamérica tenemos el valor de reconocer nuestro error y no escondemos el remordimiento que nos inspira el recuerdo de nuestras luchas.

En Europa, las guerras dejan el culto de los héroes. Las naciones levantan pesados o esbeltos cenotafios, graban en mármol o en bronce los nombres de los muertos, construyen majestuosos arcos de triunfo y encienden a su sombra lámparas votivas para señalar la tumba del héroe desconocido.

Noto que he fatigado la atención del auditorio por mucho más tiempo del que me imaginaba, y voy a terminar. Volvamos al símil del cristal y de la abeja. El patriotismo mal entendido; el nacionalismo exagerado y amenazante; las preocupaciones raciales y el odio de tribu, forman un conglomerado sólido pero transparente para la mirada del filósofo; importa hacer flúida esa masa enorme, fundiéndola al calor del análisis y de la generosidad de nuestros sentimientos para que desaparezcan las causas de las guerras, así civiles como internacionales. Que sea la UNIÓN IBERO-AMERICANA, con su pasado glorioso, el núcleo de una desinteresada sociedad de naciones unidas por la igualdad de derechos, por el reconocimiento adecuado de deberes correlativos y sobre todo por una misma aspiración hacia el establecimiento de la paz definitiva por medio de un común ideal de justicia.

El orador fué calurosamente aplaudido.

